

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 44 AÑO 2002

TEMA 8. OTROS COMPOSITORES: 8.2. WAGNERIANOS DEL RESTO DE EUROPA

TÍTULO: **LA PERSONALIDAD DE SIEGFRIED WAGNER**

AUTOR: *Hans von Wolzogen*

La época en que vivimos se enorgullece de una peculiaridad a la que da el nombre de "objetividad". La objetividad, según el exacto sentido de la palabra, es contraria a la personalidad. Se refiere claramente al mundo de los objetos; ahora bien, en cualquier lugar y en toda época la latente personalidad procede de este mundo. La personalidad consigue a través del mundo de los objetos una fuerza creativa, los objetos se introducen en el espíritu y crean imagen o ...como también se dice: Estilo. Ambas, personalidad y estilo, se resguardan de lo meramente objetivo. Sin el peculiar proceso de la misteriosa conversión de la materia u "objeto" en un ser, en una forma o sujeto, sin esto, no existiría el milagro del arte. La personalidad artística se manifiesta como símbolo viviente del dominio sobre el objeto. El talento debe apoyarse en la personalidad; esta es la raíz ética del arte.

Ahora bien, no debemos creer que la personalidad, para hacerse presente y para actuar en el mundo de los objetos, necesite causar gran estrépito, presentándose a "bombo y platillo", de manera que el mundo, sorprendido y asustado, se pregunte: "¿Qué es lo que irrumpe aquí destruyendo nuestra paz?" Si esto sucede se trata de trivialidades que derivan de las circunstancias y que en buena parte pertenecen al mundo de los objetos. La personalidad se forma siempre en la intimidad del alma, en su interior y por lo tanto en el sagrado silencio del que procede todo lo grandioso, contrastando con el ruidoso mundo de los objetos. Pero hay personalidades - es lo que creo - a las que se les concede la gracia de preservar su silencio original, una parte importante de su ser, de las tormentas y presiones del ruidoso mundo al que no pertenece, pero en el cual debe trabajar. Esta personalidad silenciosa era la de nuestro Siegfried Wagner. Es justo y bueno constatar que existe la personalidad a pesar del silencio.

Cuando vi por primera vez a Siegfried, era un niño rubio de ocho años que en el salón de Wahnfried, vergonzoso ante el forastero, permaneció silencioso junto a la puerta de la biblioteca. Si hubiese observado con más atención los ojos azules, habría advertido que no se trataba de timidez vergonzosa, sino posiblemente de una minuciosa observación para intentar descubrir "la persona" en una "cosa" desconocida. Esta era la manera de ser de

Siegfried, podía descubrirse su personalidad en el silencio y la calma. Al conocerlo más íntimamente se le quería de inmediato, ya que con esta - como el mundo acostumbra a calificar - "simpática" personalidad nos ofrecía el bello don de un corazón cálido, bondadoso y leal. El niño Siegfried creció, se convirtió en un adolescente que emprendió el habitual camino a la escuela que todos los niños de Bayreuth emprendían. Sencillo, pasando inadvertido, formal, buen camarada, juicioso, alumno dócil, hacia que sus cualificados profesores se sintieran bien dispuestos hacia él. De vez en cuando su padre escrutaba con mirada profética el tierno rostro: "¿Poseerás una personalidad enérgica, según mi estilo y para mi obra?" Él pudo verlo mejor que otros y fue capaz de profetizar: "Continuará mi obra". Silenciosamente empezaron a aparecer unas infantiles muestras poéticas, que a pesar de la influencia italiana mostraron una sorprendente capacidad estructural, una visión artística de las formas y una gran seguridad expresiva. Y más que esto: apareció en la viva fantasía del joven alemán una elegancia teatral dentro del estilo meridional, que despertó en él un impulso, en parte puro divertimento, en parte humorística parodia. En el cuarto infantil de Bayreuth no cesaba de interpretarse, de imitarlo todo y se recordaban los primeros Festivales de 1876, los que provocaron en el paternal Maestro una manifiesta alegría. El grupo de niños seguía contento y gustoso la guía del joven heredero. Esto procedía también de una herencia todavía más antigua, la del abuelo Friedrich Wagner cuyas enseñanzas mímicas encontraron aquí por primera vez el camino de Bayreuth.

El hijo perdió el padre a los catorce años, pero continuó viva la ilustre madre que supo crear y mantener en Wahnfried una excelente formación. El joven, animoso y obstinado, estaba abierto a toda información y tras su época de estudio captó las pintorescas y múltiples imágenes que le brindó un viaje por el mundo hasta el lejano Oriente, durante el cual su espíritu se abrió a la fuerza creadora. Pero solo las imágenes no fueron capaces de brindarle lo que deseaba: necesitó la música. Sobre el mar le llegó una especie de revelación: "tenía que ser músico". Esto despertó su personalidad; se encontró a sí mismo, descubrió el camino directo a su propio estilo. No tardó en suceder lo que nadie había previsto: Hans Kraft, el honrado "Bärenhäuter", (Piel de Oso), saltó del antiguo mundo legendario al nuevo drama musical, y esta pequeña obra maestra, de una personalidad perfectamente estructurada entre burlas y veras, al mismo tiempo auténtica y vivaz, dio al mundo moderno la oportunidad de hablar de "Siegfried Wagner, compositor de leyendas". "¡Compositor de leyendas ...una personalidad totalmente inofensiva!" ... ¡Sí, siempre que permaneciera aquí! Pero, como corresponde a toda personalidad, concibió otras personalidades, no le fue posible

permanecer inmóvil, y siguió creando, aunque no gustase a los demás creadores o al mundo nada creador.

¡Cuán ricas son las obras de Siegfried en todo tipo de seres humanos, bien estructurados, con sus peculiaridades y configuraciones, a partir del momento en que Hans Kraft, junto a su fiel Trozluisel, entra en escena jugando a los dados con San Pedro y tratando con el diablo! Nombrando solo a unos pocos nos encontramos con el “Herzog Wildfang” y con su pérfido contrincante, el bribón “Blank”; a la infantil y piadosa “Verena”; el inquietante, falso conde de “Kobold” (Gnomo) junto a la desgraciada “Hulda” del “Schwarzschanenreich” (El Reino del Cisne Negro), la pícara “Katerlieschen” y el bizantino y maligno bufón de la Corte, “Gomella” de “Sonnenflammen” (Llamas de Sol), con el mestizo, malvado extranjero, “Philo” del “Heiligen Linde” (El Tilo Sagrado); además del popular “Musjō Pferdefuss”, con sus múltiples personalidades que finalmente aparece como un defraudado Mefisto, ante la victoria del amor y la fe. Pareció que justamente en el carácter de Siegfried, faltaba el “mundo de Siegfried”, faltaba el “heroísmo” de la entidad germánica. El estilo heroico del padre no correspondía a la personalidad del hijo, él solo expresaba su propia esencia, y tanto por prudencia como por honradez evitó traspasar sus fronteras. No debemos desdeñar la triunfante alegría, propia de la sana naturaleza de Siegfried, con la que iluminó el dramatismo de la vida y del destino. No olvidemos como él, en todo momento, conservó su propia identidad, ofreciendo siempre su auténtica personalidad. Nos encontramos también ante el casi mítico, furioso rebelde, “Banadietrich”, el demoniaco ser que finalmente, a través de la “voz del Señor”, - procedente de otro mundo - realiza un violento viraje. Y nos encontramos con el chocante impacto de lo que, para nosotros, alemanes, es antialemán, cuando el caballero del “Sonnenflammen” y el conde de “El Tilo Sagrado” sucumben tan fácilmente al infiel demonio extranjero, cosa que nos produce un sano escalofrío al reconocer nuestra fragilidad nacional. Finalmente nos encontramos con un poderoso germanismo en los aguerridos caballeros de la Orden en el “Schmiedes von Marienburg” (El Herrero de Marienburg), y el espíritu patriótico del hijo del Maestro de Bayreuth resuena imponente en el coro masculino del “Fahnenschwur” (Juramento a la Bandera), ¿no nos habla aquí la antigua sangre heroica del auténtico germanismo? ¡Pero no se trata solo de germanismo! También existe el cristianismo. ¡Escuchadlo en las obras de Siegfried Wagner!

En todas sus obras, tanto en lo festivo como en lo trágico aparece el espíritu piadoso de una profunda fe: en la sonrisa del Niño Jesús, en el suave misticismo del “Bruder Lustig” (Hermano Alegre) y aparece emotivo en las trágicas muertes de Verena y Hulda, con el

sagrado fervor de la melodía que resuena sobre “las testas llenas de heridas y sangre”. Así nos habla la personalidad de Siegfried Wagner desde el más íntimo santuario de su ser y aquí encontramos la raíz de su inalterable recto camino, de una conducta heroica a través de un mundo extraño, cosa a la cual tan poco se refería, como vamos a hacerlo nosotros en este punto de nuestro sincero recuerdo.

Sin embargo, las voces de estas obras, han llegado, hasta ahora, demasiado poco a los oídos de un mundo acostumbrado a caminar por otros derroteros. Ahora bien, lo que si ha llegado a todo el mundo es la personalidad de Siegfried Wagner a través del trabajo realizado en Bayreuth. Ante esto debe callar cualquier duda, incompreensión o mala intención. Bayreuth ha sido desde siempre reflejo de la personalidad de Richard Wagner, el creador; de Cosima Wagner, la conservadora, y finalmente de Siegfried Wagner el regenerador. El Bayreuth que aparece ante nosotros no es solo obra de sus grandes dotes artísticas, lo es sobre todo por su trabajo escénico, su dominio sobre las luces y sobre el gesto, su clara visión del conjunto. Bayreuth no habría sido lo que fue y lo que es, no habría seguido siendo el milagro de la manifestación de una espiritualidad si no hubiese existido la singular personalidad de Siegfried Wagner guiando su equipo de artistas procedentes de todo el mundo de la mímica y de la música, él, tan enérgico y contundente, tan conciliador y receptivo. ¡El milagro de la personalidad! Él no solo ha sido respetado y admirado por sus grandes conocimientos, por su sabiduría, ha sido querido por su alegre cordialidad, su espontánea amabilidad que sabía descubrir el hombre en el artista, superando tranquilo y seguro, con su propia integridad, con su naturaleza tan pura, las múltiples incomodidades de tan numerosos colaboradores, de manera que todos ellos, bien preparados, fuesen capaces de dedicar todos sus esfuerzos en bien de la causa. Así apareció en Bayreuth el Estilo Bayreuth. Esto es - lo repetimos a plena conciencia - la ética raíz del arte; esto fue - lo reconocemos con profundo y sincero respeto - el valor creador de la personalidad de Siegfried Wagner.

Traducción: Rosa María Safont

Artículo traducido de “Bayreuther Festspielführer”, 1931